

## LA VIOLENCIA EN LA IGLESIA

*Hablar de violencia en la Iglesia parece un contrasentido. Sin embargo, la historia de la Iglesia, divina y humana a la vez, muestra que la violencia ha sido practicada por ella interior y exteriormente, suscitando o tratando de reprimir conflictos entre jerarquía y base, entre interpretaciones tradicionales de la fe o nuevos acercamientos a la misma, entre exegetas, teólogos, moralistas y magisterio, entre institución y carisma, entre Iglesia y sociedad*

*La violencia en la Iglesia, Testimonio 200 (2003) 41- 49*

### INTRODUCCIÓN

La violencia implica fuerza física, moral o psicológica para imponer y coartar, para forzar y obligar. Y esto es algo contradictorio e impensable en la comunidad de creyentes fundada por Jesús, que vino a liberarnos de toda esclavitud y opresión, y que edificó su Iglesia en el amor a Dios y al prójimo, incluso al enemigo (Ef 2, 14.16; Mt 5, 43-48).

Nuestra reflexión, teórica, tiene en cuenta la historia pasada y reciente de la Iglesia, junto con experiencias personales o testimoniales del presente del pueblo de Dios, signo pobre e imperfecto del Reino de Dios. No se trata de anécdotas aisladas, sino líneas que caracterizan habitualmente el modo de actuar de organismos centrales de la Iglesia.

### EL TRASFONDO DE LA VIOLENCIA ECLESIAL

Al analizar el trasfondo de la violencia eclesial hay que tener en cuenta los comportamientos psicosociológicos de los individuos y de los grupos humanos, con sus tensiones relacionales y sus causas personales y estructurales. También hay que superar el maniqueísmo que identifica el poder con el mal y que siempre juzga negativamente, desde el punto de vista moral, a quienes lo ejercen. De hecho existe un estilo evangélico de practicar la autoridad

(Mt 20, 24-28).

Esta aclaración permitirá encuadrar con realismo las experiencias de violencia en la Iglesia y evitará juicios moralmente negativos sobre las intenciones de quienes, de hecho, la practican, de forma consciente o inconsciente. No se trata, por tanto, de enjuiciar a las personas, casi siempre guiadas por el deseo de salvar la identidad eclesial, de proteger lo que consideran el bien y la verdad.

## La tensión de dos movimientos presentes en los grupos humanos

Todo grupo humano estructurado vive la tensión entre dos movimientos: uno centrípeto y uno centrífugo. El primero se preocupa de conservar la identidad; el segundo, de encarnarla y renovarla con dinamismo y creatividad para que el grupo se mantenga con vida y para que su existencia siga teniendo sentido. Ordinariamente, el movimiento centrípeto está representado por quienes tienen el poder y la autoridad. Una parte de la base, en cambio, tiende a buscar caminos nuevos, a transformar las estructuras, a cuestionar aspectos organizativos del grupo.

Ambas tendencias pueden querer imponerse a través de una cierta violencia. Si se impone el movimiento centrípeto, los miembros se verán obligados a vivir una identidad estática en el sometimiento y la uniformidad. Si se impone el centrífugo, el grupo corre el peligro de la dispersión y la fragmentación que conducen a la pérdida de la propia identidad. Este doble peligro sólo se supera con la integración armoniosa de ambas tendencias a través del diálogo y la aceptación de un pluralismo en la unidad.

En la Iglesia hay dos aspectos necesarios y complementarios: el institucional (que concretiza el movimiento centrípeto) y el carismático (que concretiza el centrífugo). En su aspecto *institucional*, la Iglesia valora más la recta doctrina, la disciplina, la organiza-

ción y la cohesión, protegiendo su identidad mediante el dogma, la ley, el poder centralizado. En su aspecto *carismático*, se prioriza la recta praxis, las relaciones fraternas, la cercanía con la gente, especialmente los pobres, la denuncia profética. Se vive y promueve la solidaridad, la inculturación del evangelio, la descentralización y la práctica del amor cristiano con su dimensión social para promover la justicia en el mundo. Como en todo grupo humano, aquí también el camino para resolver las tensiones es el diálogo que conduzca a la aceptación de la diversidad en la unidad construida alrededor de lo que realmente es esencial.

## El modelo de Iglesia

La forma como la Iglesia se entiende a sí misma y se presenta a los demás influye igualmente en la forma de concebir y ejercer el poder. Éste puede conducir a la violencia impositiva o al servicio abierto a la confrontación y al diálogo en la búsqueda de los caminos de Dios para la Iglesia.

Desde el edicto de Constantino (s. IV) hasta el Vaticano II predominó el modelo de Iglesia como sociedad perfecta con acentuación de lo jerárquico, lo que implicó la distinción de dos categorías de cristianos: el *clero* y los religiosos, por un lado, y los *laicos*, por otro; la *Iglesia que enseña* y la *que aprende*; la *jerarquía* que gobierna, decide, determina y el *laicado* que obedece, acepta y ejecuta. En ella, las distinciones se dan piramidalmente por una jerarquía

de carismas. El primer puesto lo ocupan quienes ejercen la autoridad, que concentran casi todo el poder.

El Concilio presentó de nuevo a la Iglesia como Iglesia de comunión, pueblo de Dios y sacramento del Reino. Las relaciones entre los carismas parten de que el objetivo de los mismos es favorecer la unidad en la diversidad. Las distinciones no se atienen al

orden jerárquico sino al tipo de servicio. Este modelo de Iglesia exige un modo nuevo de ejercer la autoridad. Por desgracia, en el período posconciliar, el discurso teórico en esta línea está siendo desmentido por una práctica centralista, autoritaria, dogmática y jurídicista que genera exclusión, al estilo del modelo anterior de Iglesia-sociedad perfecta.

## MANIFESTACIONES DE VIOLENCIA EN LA IGLESIA

En la Iglesia actual no se aplica la violencia física del pasado, cuando religión y Estado estaban estrechamente unidos y los disidentes eran considerados desintegradores de la identidad cristiano-católica y social. Aun sin aceptar la leyenda negra de la Inquisición (que también existió en el campo protestante), no se pueden negar hechos inaceptables, como la entrega al “brazo secular” de los considerados herejes para ser torturados o incluso ejecutados por falta de ortodoxia o por su rebeldía a la autoridad eclesiástica.

Hoy esto ha desaparecido. Quedan, con todo, *otras formas de violencia moral y psicológica* que siguen siendo practicadas en la institución eclesial y que manifiestan un tipo de poder que no tiene en cuenta el derecho a la legítima diversidad en la Iglesia y la exigencia evangélica del diálogo y de la superación del miedo. Señalaremos algunas que son práctica muy frecuente en la Iglesia, sobre todo en algunos dicasterios romanos.

### La violencia del centralismo

El centralismo es una forma refinada de violencia, que concentra el poder de decisión en una burocracia eclesiástica alejada de la realidad, ignorante de los desafíos que se presentan a los creyentes e incapaz de admitir la pluriformidad. Así, se ejerce la violencia al tratar a los creyentes de todas las categorías como menores de edad, necesitados de superprotección y de una disciplina impuesta con criterios miopes.

En el posconcilio se ha ido destruyendo el esfuerzo de descentralización iniciado por el Vaticano II y el camino de la colegialidad episcopal. Los sínodos episcopales están controlados por la curia romana. En la mayor parte de los sínodos ha habido obispos que han denunciado inútilmente la violencia de este control, ejercido por mentes neoconservadoras bien estructuradas y con mucho poder para imponer su punto de vista condicionado por una teología abstracta y desfasada. Presionan con acusaciones y san-

ciones a quienes se atreven a enjuiciarlas por amor a la Iglesia y sin romper la comunión en ella. Se les trata sistemáticamente de practicar un magisterio y una pastoral paralelos y de pretender crear una Iglesia paralela.

El centralismo reforzado procede de la desconfianza y el miedo. ¿Cómo explicar, si no, que se tarde dos y tres años en aprobar la traducción de textos litúrgicos hecha por expertos y aceptada por conferencias episcopales? Se practica así la violencia de la sospecha y de la descalificación de episcopados enteros.

Ese mismo miedo de perder el control de todo hizo surgir la propuesta de exigir la confirmación del Vaticano para los Superiores Generales electos por sus respectivos Institutos religiosos. Ante una reacción mayoritariamente negativa, la Congregación para la Doctrina de la Fe escribió a teólogos de su confianza pidiendo que apoyaran esta iniciativa para ir creando una opinión favorable a ella.

El control centralista de la curia romana impide también el acceso de grupos cualificados a un diálogo directo con el Papa. Los Consejos de los Superiores Generales de religiosos y religiosas han tratado inútilmente de tener una audiencia-encuentro con el Santo Padre desde 1995. Mientras grupos menores o incluso individuos ajenos a la fe y a la Iglesia obtienen esta posibilidad, los representantes de más de un millón de personas consagradas, comprometidas en la pastoral en puestos de frontera evangelizadora, no

han podido lograrlo: una forma sutil de impedir los espacios de diálogo indispensables para una colaboración intraeclesial. Por esto un padre conciliar comentó durante el Vaticano II: "No le tengo miedo a Pedro (al Papa), sino a los secretarios de Pedro".

## La violencia del autoritarismo

Una forma de violencia frecuente en las estructuras eclesiales es la del autoritarismo patriarcal. Prueba de ello es, entre otras cosas, la exclusión de las mujeres de los espacios de participación a todos los niveles. Es incomprensible que las mujeres contemplativas no hayan sido consultadas en la preparación del documento *Verbi sponsa*, sobre la clausura (no fue consultada ninguna de las 49 asociaciones o federaciones de Carmelitas Descalzas, que agrupan 755 monasterios y cuentan con más de once mil monjas). Fueron varones los que legislaron para un tipo de vida que no conocen, sino en teoría. Y esa legislación exige de las monjas contemplativas lo que no exige de los monjes. Se considera a la mujer consagrada contemplativa como menor de edad, incapaz de mantenerse fiel a su identidad sin una vigilancia de los varones. Un ejemplo de violencia discriminatoria.

Hay otras formas de violencia autoritaria que se han convertido en costumbre: cubrir con el secreto la identidad del acusador (violación de un derecho de la persona humana) porque se trata generalmente de gente conserva-

dora; no permitir testigos que apoyen al acusado ante el tribunal de algunos dicasterios romanos; enviar cartas asentando acusaciones sin haber dialogado con el acusado. Y cuando éste escribe una respuesta en la que demuestra la falsedad de las aseveraciones, nunca recibe un escrito que lo descargue de las afirmaciones calumniosas vertidas contra él.

El autoritarismo se cubre con el manto del poder sagrado que protege a quienes actúan de esta manera. Es imposible acusarlos de difamación y calumnia. En nombre del poder sagrado exigen obediencia ciega y comprensión. Y cuando quedan al descubierto, recuerdan a sus víctimas que “todos estamos en la misma barca”, sin reconocer que antes han querido arrojarlos al mar. Y no se cansan de remachar que según la ley, tal y cual cosa es “competencia exclusiva de la Sede Apostólica”.

## La violencia del dogmatismo

Se trata de un dogmatismo que no admite que vivimos en un mundo pluralista, donde ya no es posible vivir dominados por un monocentrismo religioso, cultural y teológico. Sin distinguir lo esencial de la fe de sus formas de expresión teológica, el dogmatismo impone una sola perspectiva teológica: la tradicionalista, hija de condicionamientos filosóficos y culturales del pasado.

Tras el Vaticano II hemos asistido a la violencia represiva contra una exégesis renovada, contra nuevas perspectivas teológicas eu-

ropeas, contra la teología de la liberación, contra la teología asiática y africana, contra la teología indígena. La pauta que se sigue es ordinariamente de tipo violento: llegan a la Congregación para la Doctrina de la Fe acusaciones de personas conservadoras y ultraconservadoras o de enemigos personales protegidos por la confidencialidad y el apoyo de parte de los responsables de la Congregación; éstos pasan los textos a “expertos” protegidos por el anonimato y que deberán hacer frente al acusado; y éste tiene que responder a las acusaciones y ofrecer explicaciones sobre lo que es considerado heterodoxo.

Sorprende constatar que muchas veces el “experto” basa sus acusaciones en frases fuera de contexto. Tras responder y aclarar las cosas, uno no recibe, salvo excepciones, un escrito de descargo de la Congregación diciendo que su “experto” se ha equivocado, y el acusador tampoco recibe una amonestación o pena canónica por haber mentido o calumniado.

Este dogmatismo violento frena la investigación y el estudio legítimos de exegetas, teólogos, moralistas, pastoralistas, y muchos se imponen una fuerte autocensura.

Por lo demás, ante la sociedad, la Iglesia tiene ciertamente el derecho a presentar el Evangelio y sus exigencias, pero sin dogmatismos y sin pretender imponerlas a quienes no creen o profesan otras religiones.

## CONCLUSIÓN: HACIA UNA NUEVA ECLESIALIDAD

Las tensiones en la Iglesia no se pueden eliminar ni con la violencia del centralismo, ni con la del autoritarismo ni con la del dogmatismo, ni con la del rechazo de la autoridad o de las verdades fundamentales de la fe y la moral católicas. Debe superarse el modelo de Iglesia de cristianidad neoconservadora predominante en la estructura de la Iglesia a principios del tercer milenio.

Hay que ir a la *aceptación práctica* del modelo de Iglesia recuperado por el Vaticano II: Iglesia de comunión, pueblo de Dios y sacramento del Reino. En ella debe haber lugar para el diálogo y la comunicación, la unidad en la diversidad y un clima de libertad como expresión del amor que acepta al otro y crea comunión dentro y fuera de la Iglesia.

Ante todo debe haber *una actitud de diálogo*, que lleve a hablar y escuchar, sin actitudes inquisitoriales o de rechazo, en la búsqueda sincera de la verdad a la luz del evangelio, tanto en su interior como con otras confesiones cristianas, otras religiones y la sociedad. El Vaticano II presentaba a la Iglesia como “signo de aquella fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero. Esto requiere que en primer lugar promovamos en la misma Iglesia la estima mutua, el respeto y la concordia, reconociendo toda legítima diversidad, para establecer un diálogo cada vez más fructífero entre todos los que constituyen el único pueblo de Dios, tanto los pastores

como los demás fieles cristianos. Lo que une a los fieles es más fuerte que lo que los divide. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo” (GS, 92).

Este diálogo, extensivo a otras confesiones cristianas, no excluye a nadie, ni a los que cultivan los bienes del espíritu pero no reconocen a su autor, ni a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de diferentes maneras (GS, 92).

Se requiere una *descentralización* que permita un contacto directo con los desafíos y los problemas dentro y fuera de la Iglesia. Esto favorecerá la corresponsabilidad y la práctica de la colegialidad episcopal y limitará actitudes inquisitoriales alimentadas por acusadores cobardes que se creen poseedores de la verdad “objetiva” y están dominados por el miedo y la confrontación. En realidad, se teme a la verdad y a la auténtica libertad, ya que la verdad es la que nos hace libres (Jn 8,32).

Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint* decía que “cuando la Iglesia afirma que la función del Obispo de Roma responde a la voluntad de Cristo, no separa esta función de la misión confiada a todos los Obispos, también ellos ‘vicarios y legados de Cristo’. El Obispo de Roma pertenece a su colegio y ellos son sus hermanos en el ministerio” (*Ut unum sint*, 95).

Hay que buscar juntos las formas en las que este ministerio pueda realizar un servicio de fe y de amor. Y estas nuevas formas,

necesarias en el campo ecuménico, lo son también, y urgentes, en el interior de la Iglesia Católica. El Papa ha de ser ayudado más directamente por las conferencias episcopales que por la curia romana, que ha concentrado excesivamente el poder decisorio que lleva a las violencias que hemos denunciado antes. Personas de nombre y jerarquía en la Iglesia cada vez proponen con más fuerza que los consultores del Papa sean los presidentes de las conferencias episcopales. El diálogo con ellos daría al Papa una visión más clara de la realidad y de los desafíos a los que hay que hacer frente.

Con ello se evitarían, de parte

del juridicismo centralista de la curia romana, órdenes abstractas y universales que impiden flexibilidad y adaptación a circunstancias diversas, crean tensiones y conflictos y *ejercen violencia* imponiendo una rígida uniformidad, fruto de un concepto equivocado de unidad. Éste debe ser superado porque la Iglesia “en virtud de su misión y su naturaleza, no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político, económico o social” (GS, 42) y, por tanto, está llamada a vivir la unidad en la diversidad sociocultural y eclesial a través de un diálogo sincero, fraterno y maduro, que ayude a superar violencias y miedos.

Condensó: LLUÍS TUÑÍ

---